



## ***María como discípula responsable y fiel en el Evangelio de San Lucas<sup>1</sup>***

*Fray José Luis Espinel, O.P.*

### ***La respuesta de María en la Anunciación***

En el comentario al relato de la Anunciación a María se ha descuidado tradicionalmente la importancia de que junto al saludo: «¡Alégrate, la agraciada!» se haya colocado este otro: «El Señor está contigo» (Lc 1,28). El saludo normal, el esperado, habría sido: «La paz contigo» (Lc 10,5; 24,36). La expresión «El Señor contigo», «El Señor con vosotros», o «Yo estoy contigo», si quien habla es el mismo Señor, se reserva en la Biblia para los casos de una vocación excepcional y salvadora para el pueblo<sup>2</sup>.

Tras la muerte de Abrahán se ratifica a Isaac que también él lleva la promesa y será multiplicada su descendencia y se le dice: «Yo estoy contigo» (Gn 26,34). Con la misma frase se ratifica también a Jacob la promesa hecha a Abrahán (Gn 28,15). Es la frase que escucha Moisés en su teofanía cuando se le encomienda librar al pueblo de la esclavitud de Egipto (Ex 3,12), la que escucha Gedeón en situación parecida (Jc 6,12.16). Saúl saluda con estas palabras a David en el momento del combate singular contra Goliat donde peligraba la existencia misma del pueblo (1Sam 17,37). Cuando David encomienda a Salomón y a los jefes de Israel la construcción del templo les repite equivalentemente este saludo revelador (1Cro 22,18-19). El joven Jeremías es cerciorado de su misión salvadora y confortado en ella con estas palabras (Jer 1,8).

Al final del exilio de Babilonia un resto deberá reemprender el camino de Palestina para continuar allí la historia de la salvación. Es el momento en que termina la Biblia hebrea y el emperador Ciro habla a los judíos invitándolos a volver a su tierra y reedificar el templo: «Quien de vosotros suba, Yahvé estará con él» (2Cro 36,23b). Llegados los judíos a Jerusalén es preciso edificar el templo. La palabra de Dios se dirige al valeroso Zorobabel, para quien nada era la montaña grande, por su fe, y a los animosos judíos que habían realizado el viaje desde la cautividad de Babilonia: «Anímate Zorobabel, dice Yahvé; anímate tú también Josué, hijo de Jeosadac, sumo sacerdote, y cobra ánimo pueblo todo de la tierra, dice Yahvé, y ¡a la obra!, porque yo estoy con vosotros, dice Yahvé de los ejércitos» (Ag 2,5).

El saludo penetra en el Nuevo Testamento. Son las palabras que dice Jesús cuando envía a sus apóstoles por todo el mundo para que le hagan discípulos a todos los hombres: «Yo estaré con vosotros» (Mt 28,20). Así concluye el evangelio de Mateo en paralelismo con la Biblia hebrea en su final de 2 Cron 36,23b. La misión es impresionante, sobrehumana, por eso Jesús asegura su presencia. Jesús es Emmanuel. Pero esto no se concede sino para una gran empresa. Este es el caso de María. «El Señor está contigo» cerciora de una presencia exigente, de una misión de salvación<sup>3</sup>.

Es ante estas palabras ante las que María se turba; son palabras que conllevan una gran responsabilidad en el pueblo. El ángel, la revelación, explicará luego cómo se va a realizar esta misión salvadora.

La respuesta de María no es vacilante, no dice como Moisés: «envía a otro...» (Ex 4,13), ni se le insinúa que «es duro dar coces contra el agujón» (Hch 26,14b). María es animosa como el Segundo Isaías, abre los oídos, no se echa atrás (cf. Is 50,4-5). Su respuesta es: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). No se ve en María la duda israelita: «¿Está Yahvé en medio de nosotros o no?» (Ex 17,7b). En el verso siguiente (Lc 1,39) se cuenta con terminología profética que ella «levantándose..., se puso en camino con presteza» hacia la casa de Isabel (cf. 1Re 19,8; Hch 22,10; 26,16).

Isabel da una congratulación teológica a María. Si el ángel la saludó: «Alégrate, la agraciada», también Israel omitirá su nombre y dirá en paralelismo con aquel saludo: «Dichosa la que creyó» (Lc 1,45). Esta definición, «la que creyó», coincide con la actitud que Jesús exige: «Quien no recibe el reino como un niño, no entrará en él (Lc 18,17). Aquí está expresada la gratuidad, no el mérito, lo mismo que en las palabras con que María comenta el dicho de Isabel al comienzo del Magnificat: «He aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones / porque el poderoso ha hecho obras grandes en mí» (Lc 1,48b-49). María ha aceptado el reino como un niño, como una niña, como aceptan los niños. María ha entrado en la justificación por la fe, la cual no está en absoluto exenta de compromisos. Ahora llega, como diría D. Bonhoeffer, «el precio de la gracia».

## María oyente de la Palabra

Hay dos textos muy comentados en el evangelio de Lucas donde se dice que María guardaba la palabra: «María conservaba estas palabras, considerándolas en su corazón» (Lc 2,19) y «Su madre retenía todas estas palabras en su corazón» (Lc 2,51). Lucas ha configurado el dicho de manera semejante para reincidir en la idea y ha destacado dos términos: las *palabras* y el *corazón*.

Creo que es científico, legítimo en exégesis, poner estas dos frases en confrontación con las tentaciones de Jesús, las cuales, a su vez, son la prueba del Gran Mandamiento de Dt 6,5: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todos tus haberes»<sup>4</sup>.

La primera tentación de Jesús es la prueba del corazón, el ver qué tiene en su corazón. Está construida desde Dt 8,2-3: «Acuérdate de todo el camino que Yahvé tu Dios te ha hecho hacer durante estos cuarenta años por el desierto, para humillarte, para probarte, *para conocer los sentimientos de tu corazón...* Él te afligió, te hizo pasar hambre..., *para que aprendieras que no sólo de pan vive el hombre sino de cuanto procede de la boca de Dios*». De la boca de Dios proceden sus mandamientos, «los decretos de tu boca» (Sal 119,13); sus leyes, «las leyes de tu boca» (Sal 119,72); sus testimonios, «los testimonios de tu boca» (Sal 119,88); sus palabras, «las palabras de la boca de Dios» (2Cro 35,22). Jesús en una situación de prueba y humillación tiene en su corazón la palabra de Dios. Éste es también el caso de María que guarda las palabras de Dios en su corazón.

Lucas pone como final tentación la del pináculo del templo, en Jerusalén. Para Lc 9,51-19,45 la vida de Jesús es un ir a Jerusalén. Allí está la prueba definitiva. En la tercera tentación de Lucas Jesús va al pináculo del templo y allí se le sugiere que pida la intervención de Dios, que pruebe la fidelidad de Dios en un momento de sumo peligro como es el echarse de ese lugar abajo. Es la confrontación con el peligro de muerte. Desde el pináculo se echaban en algunas épocas los condenados a muerte, para luego ser apedreados. Del pináculo fue arrojado Santiago el hermano del Señor, según Hegesipo<sup>5</sup>. Flavio Josefo dice que fue lapidado<sup>6</sup>. La lapidación solía ir precedida de una caída desde un alto, como quisieron hacer con Jesús los de Nazaret, al llevarlo al monte para precipitarlo desde allí (cf. Lc 4,29). Jesús está dispuesto a morir sin necesidad de probar a Dios, de dudar de él. Jesús podía haber contestado: «El que me envió está conmigo» (Jn 8,29), contesta con un texto bíblico: «No tentarás al Señor tu Dios» (Dt 6,16).

María tiene también esta prueba en Jerusalén, en el templo, cuando oye: «Una espada atravesará tu alma para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,35). Cuando vuelva de nuevo María a Jerusalén, al templo, se mencionará otra vez la prueba. Jesús explicará a María y José que su deber es estar en las cosas de su Padre. Lo hará con una expresión que acompaña los textos de pasión: «¿No sabíais que me es preciso estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2,49). Se trata del «es preciso», el *dei* del compromiso de Jesús hasta la muerte (cf. Lc 9,22; 13,33; 17,25; 22,37; 24,7.26). María, se nos dice a propósito de esta respuesta, «conservaba todas estas palabras en su corazón» (Lc 2,51b).

Tras la formulación del gran mandamiento en Dt 6,5 en que se ordena amar con todo el corazón, con el alma (alma, *nepesh*, ahí significa vida) y con los haberes, se inculca: «Que estas palabras... estén en tu corazón» (Dt 6,6). De ahí proviene la insistencia de que María guardaba las palabras (*remata* indica las palabras, pero también los sucesos, es traducción ordinaria de *dabar* con que se denomina tanto los mensajes, palabras, mandamientos, proyectos, como las acciones de Dios. Los paralelos que se han buscado en la literatura apocalíptica para el guardar las palabras en el corazón<sup>7</sup>, son extraños al contexto de Lucas que no tiene nada de apocalíptico. El origen de la expresión hay que buscarlo en Dt 6 [...].

1.- Tomamos este texto del artículo de José Luis ESPINEL, «María como discípula en S. Lucas», Ciencia Tomista 112 (1985) 257-262.

2.- Cf. U. Holzmeister, «Dominus tecum (Lc 1,28)», *Verbum Domini* 23 (1943) 232-237; 257-262.

3.- R. E. BROWN, en su obra *El nacimiento del Mesías. Comentario a los Relatos de la Infancia* (Madrid 1982) 335, despacha fugazmente el comentario a este saludo, sin darle a penas importancia, remitiendo a la única excepción de toda la Biblia, a Rut 2,4 donde este saludo es profano y sin trascendencia alguna, dado entre Booz y sus segadores. Pero este proceder no es crítico. El saludo en Rut 2,4 tiene contestación por parte de los saludados, mientras que en todos los demás casos no existe, porque es como una palabra introductoria de misión. En Rut el saludo no indica misión alguna, no viene de Dios, no hay anunciación, vocación o teofanía como en el caso de María y todos los demás textos bíblicos en que aparece. Cuando se realiza la versión aramea de Rut se ve que este saludo no procede en estas circunstancias y se traduce: «la Palabra de Dios os sostenga». Cf. E. Levine, *The Aramaic Version of Ruth* (Roma 1973) 24.

4.- Cf. B. GERHARDSSON, *The Testing of God's Son (Mt 4,1-11 parl.)*, Lund 1966.

5.- Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica*, 2,23,4.

6.- FLAVIO JOSEFO, *Ant. lucí.*, 20, 9.1.

7.- Cf. R. LAURENTIN, *Jésus au temple. Mystère de Paques et foi de Marie en Luc 2,48-50* (París 1966) 81.